

## AUGUSTO ORREGO LUCO

### Francisco Bilbao<sup>1</sup>

Siguiendo las líneas de rotación periódica a que obedecen los astros y lo que se pudiera llamar los hombres-astro, vemos de nuevo aparecer a Francisco Bilbao sobre el horizonte de las letras.

Dos folletos de polémica se han consagrado recientemente a estudiar sus obras y su vida, a medir la luz y el calor que irradia esa figura. Escrito el uno por Zorobabel Rodríguez, la primera lanza del clero ultramontano, y escrito el otro por Eduardo Barra, el brillante polemista liberal, reflejan ambos las aspiraciones encontradas y los propósitos diversos que persiguen sus autores. Aspiraciones y propósitos expresados por los dos con una franqueza que los honra y sostenidos con la energía de una convicción sincera.

Ahora que no hay una virtud más rara que el noble valor de sostener las convicciones propias, nunca los corazones honrados creerán haber aplaudido lo bastante la entereza viril de estos folletos.

Y aun cuando no tuvieran otro mérito bastaría este solo para hacerlos dignos de nuestro aprecio. El valor, como el rey de la leyenda, engrandece y dora cuanto se le acerca.

Desde la primera mirada se sospecha que los dos autores han tomado la vida y las obras de Bilbao más bien que para hacer un acto de reparación o de justicia, como un tema que se prestaba a la discusión serena y a la discusión completa de las ideas que ampara el racionalismo, tal como este ilustre filósofo lo propagara entre nosotros.

<sup>1</sup> Artículo originalmente publicado en la *Revista de Santiago*, 1º de noviembre de 1872, Santiago de Chile, Imprenta 'Nacional', Tomo I, 1873, pp. 730-747, de donde lo hemos tomado.

Los egipcios llevaban un esqueleto al salón de sus festines, para que su presencia contuviera la bulliciosa explosión de la alegría y recordase a la razón que hay otro mundo en que debe dar cuenta de sus actos. No sé hasta qué punto sea posible hablar de esa costumbre antigua, ahora que veo estos dos escritores traer un cadáver al lado de la mesa en que van a discutir. ¿Quieren ellos también que algo les recuerde que deberían dar cuenta de sus actos a la posteridad, y que ella vendrá un día a juzgarlos desde el mismo sillón en que ahora juzgan?

Por lo demás, no encuentro nada de común en esos trabajos, nada, ni en la forma, ni en el fondo.

El señor Rodríguez con sus expresiones duras y angulosas, sin gracia ni armonía, busca siempre, más que la naturalidad encantadora del artista, la frase vulgar y altisonante. Flojo en su estilo cuando no siente el aguijón de las pasiones, burdo en sus sarcasmos cuando quiere silbar al adversario, remedando a Veuillot su insolencia legendaria, merece como él ser colocado entre los *bravos* de la plebe literaria. Bajo este aspecto, sin duda alguna que el folleto habría ganado mucho a ser escrito por la misma pluma que escribiera el *Prólogo*.<sup>2</sup>

Barra, por el contrario, artista elegante y delicado, pinta sus ideas con la misma luminosa claridad con que cruzan por su espíritu; sus frases tiemblan al pasar entre los labios como tiembla una hoja cuando pasa el viento.

En las páginas de Rodríguez suele encontrarse el ardor de las pasiones que lo agitan y en las de Barra el calor de las inspiraciones del artista.

Y esto se explica. Bilbao es para Rodríguez algo como un precipicio, algo como un abismo y al mirarlo siente el vértigo de la pasión. Bilbao es para Barra una de esas personificaciones de lo justo, lo bello y lo bueno, y al mirarlo siente las fascinaciones del ideal.

Observando bajo puntos de vista tan diversos, es tan natural el perpetuo desacuerdo en que se encuentran como el de los hermanos siameses de que nos habla Buffon.

Yo no sé, pero creo que aquí como siempre la pasión ciega y la inspiración ilumina.

Me bastará un ejemplo tal vez para probarlo.

Hablando Rodríguez del jurado de la *Sociabilidad Chilena* se esfuerza en hacer creer a sus lectores que Bilbao iba allí arrastrado por las "pretensiones de su ignorancia" y lo presenta ante sus jueces "afectando una arrogante indiferencia, sin que nada le importe el juicio de los hombres sen-

<sup>2</sup> Alusión a la "Introducción" de Rómulo Mandiola al libro de Zorababel Rodríguez, reproducida en este mismo número de *La Cañada*.

satos, desde que va tras los fáciles triunfos del escándalo. *Allí insulta al fiscal y hace una hinchada arenga*. No es freno para su vanidad la fuerte multa con que se le pena, pues que él no tiene con qué cubrirla y está bien seguro que la pagaría sus amigos y correligionarios”.

Y más adelante comentado este acto añade: “¿Qué importa una multa de 1.200 pesos cuando con ella puede comprarse la oportunidad de presentarse ante el pueblo con la aureola de los genios perseguidos y no comprendidos por su siglo? ¿Quién no daría gustoso aquella suma por disfrutar de la satisfacción de verse convertido en objeto de todas las conversaciones, en blanco de todas las miradas?... Convengamos en que una multa de 1.200 pesos es una barrera bien ineficaz para detener a un joven lleno de ambición y de bríos en el camino de tan deslumbradores mirajes, sobre todo cuando no teniendo aquella suma en el bolsillo se puede esperar confiadamente que ella sea cubierta por el amigo opulento o por el correligionario exaltado”.

Barra ilumina esa misma escena con los tintes más alegres y delicados que encuentra en su paleta. Para él ese artículo, que ha nacido al calor del estudio y la duda razonada, sale de un corazón excitado por la sed inextinguible de justicia; presenta a su autor como el “arrogante adalid de la razón”, y pinta con colores tenebrosos “el fanatismo de la chusma clerical que toca al delirio y que parecía recogerse sobre sí misma como el jaguar del Chaco antes de arrojarse sobre su presa”; no omite ningún detalle de esa lucha, que recuerda y acaricia como un triunfo; le prodiga sus sonrisas más afectuosas y sus flores más perfumadas, y no contento con eso va a buscar todavía las sonrisas de Torres y de Quinet.<sup>3</sup> Y ¿cómo pudiera él no aplaudir al pueblo fascinado que eleva sobre sus hombros a Bilbao, lo pasea triunfante por las calles y ensordece con los gritos de su frenético entusiasmo? Aquello es para Barra “la vindicta pública que venga a Bilbao del fallo del jurado; es el espíritu nuevo que despierta en Chile para levantar en triunfo a su *primer* Apóstol!”.

¿Cuál de estas dos leyendas será la verdadera, la leyenda del amor o la del odio? Está a la mano el libro en que ambos han ido a recoger sus datos, y bastará recordar que ese libro ha sido escrito por Manuel Bilbao para decidir la cuestión sin más examen.<sup>4</sup> Pero aun cuando ese libro no existiera. ¿dónde encontrarán sus apoyos las tremendas inculpaciones de Rodríguez, que desmiente la vida entera de Bilbao? ¿Dónde, a no ser en la pasión intemperante del sectario?

Por mi parte, más de una vez he leído el artículo de Bilbao a que se alude y la escena del jurado es familiar en nuestros recuerdos. Participo de la entusiasta admiración que siente Barra

<sup>3</sup> Alusión a la opiniones sobre Bilbao que expresan Edgar Quinet en *Le Christianisme et la Révolution française* (Au Comptoir des Imprimeurs-Unis, Paris, 1845, pp. 296-297, n. 3) y a José Antonio Torres en *Oradores Chilenos. Retratos parlamentarios* (Imprenta de la Opinión, Santiago de Chile, 1860, pp. 133-9), ambos citados por Eduardo de la Barra en *Francisco Bilbao ante la sacristía* (1872, p. 40).

<sup>4</sup> *Vida de Francisco Bilbao*, publicado en el Tomo I de las *Obras Completas* editadas por Manuel Bilbao (Buenos Aires, 1866, x-ccv pp.).

<sup>5</sup> La cita pertenece a un artículo de Camilo Henríquez publicado en *El Mercurio de Chile*, n° 23, 1823, que provocó la respuesta del fray Tadeo Silva en un folleto titulado *Apóstoles del Diablo* (Imprenta Nacional, 1823).

<sup>6</sup> Eduardo de La Barra aprovecha la oportunidad de la segunda edición de su libro para responder a Orrego en la siguiente nota: “Augusto Orrego, escritor de fogosa imaginación y brillante colorido, que ha hecho de su pluma un prolijo pincel, en un estudio que inició comparando el trabajo del señor Rodríguez con el nuestro, juzga a aquél como la leyenda tenebrosa del odio y a éste como la leyenda del amor. Agradezco la benévola intención del joven escritor, pero rechazo su juicio. Él ha creído colocarse como un juez experto y severo entre ambas extremidades, y en tal carácter decide que Francisco Bilbao no fue el primer apóstol del racionalismo en Chile, como antes lo dije y ahora lo repito. Sobre él coloca al simpático fraile de la buena muerte, al volteriano Camilo Henríquez, venerable de la logia *Aurora*, primer plantel masonico de nuestro suelo. / ¿Tiene razón Orrego para efectuar este cambio? No creo, por mi parte, que un par de frases deslumbrantes y atrevidas basten para hacer del notabilísimo fraile un apóstol del racionalismo. Ellas servirán para mostrar cuál fue su manera de pensar, pero un apostolado no se revela en una frase y sí en hechos constantes, repetidos

por ese joven que compromete su vida, su porvenir y su fortuna por servir lo que él estima la causa del bien y la justicia. ¿Y quién podría negar su aplauso a esa generosa abnegación del bien, a ese bello amor de la conciencia?

Pero no llega mi entusiasmo hasta el olvido de los servicios que en ese mismo orden de ideas otros han prestado a nuestra patria.

En la *Sociabilidad Chilena* ni encuentro nada que no hubiera sido antes dicho por Camilo Henríquez en su lenguaje escultural, nada tan audaz como los juicios que acerca de los filósofos del siglo XVIII emitía el fraile revolucionario:

“Voltaire, Rousseau, Montesquieu, decía, son los Apóstoles de la razón. Ellos son los que han roto los lazos al despotismo; los que han elevado barreras indestructibles contra el poder invasor; los que rasgando esas cartas dictadas a la debilidad por la fuerza entre los horrores de las armas, han borrado los nombres de señor y esclavo; los que restituido a la tiara su mal perdida humildad y los que han lanzado al averno la intolerancia y el fanatismo”.<sup>5</sup>

Camilo Henríquez más de una vez sostuvo la famosa tesis de la incompatibilidad entre el catolicismo y la democracia, que vino a servir más tarde de base a Lamennais en sus elucubraciones filosóficas. Y arrojando su sotana en un rincón olvidado, entre el breviario y las telarañas, era Camilo Henríquez quien repetía: *¡Los déspotas no tienen trono donde los dioses no tienen altar!*

Toda la gloria de haber sembrado entre nosotros los primeros gérmenes de ese espíritu de reforma y tolerancia corresponde al fraile de la Buena Muerte y los que como Vera y Lafinur le acompañaban.<sup>6</sup>

En el cuadro que hemos citado de Rodríguez se deja ver al través de su imparcialidad mal fingida el pertinaz empeño de rebajar a Bilbao, en ocultar sus méritos y abultar todo lo que a su juicio pudiera depreciarlo. Creemos sinceramente que habría sido una fiesta para el crítico ultramontano descubrir en la vida del filósofo un defecto, un vicio y hasta un crimen.

El odio, como toda las pasiones depresivas, es mezquino y busca en todas partes lo mezquino, y de aquí proviene que Rodríguez atribuya siempre todos los actos de Bilbao al móvil más pequeño y miserable que le sea posible suponer. Nada lo detiene en el peligroso campo de la hipótesis, y ni siquiera parece sospechar que ese campo tiene un límite más allá del cual no puede aventurarse un caballero.

y de clara notoriedad, que en realidad no existen en este caso. / Ser apóstol del racionalismo, ni fue ni pudo ser lógicamente la misión que el padre Camilo se propuso realizar. Demasiado ocupado en los rudos afanes de nuestra emancipación política, y marchando hacia la reforma social por vías entonces más seguras y expeditas, no pudo prudentemente darse a filosofar, y ponerse en abierta pugna con las arraigadas preocupaciones coloniales, sin perder su crédito y arriesgar sus trabajos hasta anularlos. A obrar de otra manera habría incurrido en un grave error de que no se le puede acusar en justicia. Por eso, bien se guardó de proclamar sus principios a la luz del medio día para hacer prosélitos. Las valientes frases que lanzó a la prensa fueron destellos reveladores que ahora recogemos para reconstruir con ellos el último pensamiento del avanzado fraile. Esas emanaciones de un espíritu libre que chispea en las lecciones políticas y sociales que daba a este pueblo recién despertado a la vida, no hacen de Camilo Henríquez un apóstol a destiempo del libre pensamiento. Tampoco lo fueron los demás patriotas volterianos de aquellos tiempos. / Ese papel estaba reservado al atrevido joven que sin medir el peligro arrojó la piedra del escándalo en el seno de esta sociedad adormecida, para sacudir su letargo espiritual. De ahí la sorpresa y la agitación que tan nuevo intento hubo de producir. / Si Camilo Henríquez realmente se apartó a veces de las creencias dominantes, ello

Barra, inspirándose en el amor, noble sentimiento que busca la grandeza, atribuye, por el contrario, a esos mismos actos el móvil más elevado y generoso que le sea posible imaginar.

Creo que basta con las observaciones que preceden para formarse una idea sobre el espíritu que anima y las tendencias que persiguen los folletos que tengo a la vista.

Ahora pasemos a estudiar la vida de Bilbao bajo esa doble luz, para entrar más tarde en la apreciación de las doctrinas a que consagró esa vida.

## I

El movable cuadro de la existencia humana, tan inconstante y caprichoso al parecer, obedece sin embargo a una ley fija, ley que lo domina del uno al otro extremo. Esa libertad de nuestros actos que con enfático orgullo proclamamos, tal vez está más lejos de la verdad de las cosas que el depreciado fatalismo musulmán.

Esclavo el hombre desde la cuna a la tumba del organismo que lo forma, la sociedad que lo rodea, el medio moral en que se desenvuelve y la familia a que se encadena, lucha y se esfuerza por sacudir esa múltiple y variada influencia, para caer icosa triste! después de tanto esfuerzo y tanta lucha, exclamando como el legionario de las Galias: *ifata vulerunt!* – ¡el destino así lo quiso!

La vida del hombre es necesaria, dando a esta palabra el sentido absoluto de la escuela alemana. ¡Fatal y necesaria! Tristes reflexiones que oprimen el pensamiento que se inclina a mirar en las profundidades de sí mismo, tristes verdades que resaltan al estudiar el desarrollo de la vida ajena.

---

fue por excepción, mientras que Bilbao desde el primer momento proclamó el imperio de la razón y abrió sus fuegos contra el catolicismo que la deprime y combate. / Llamar a Francisco Bilbao *el apóstol del racionalismo en Chile*, creo, pues, que es colocarle en el puesto que le corresponde. Mientras tanto, atribuir ese apostolado al redactor de la *Aurora* me parece que es dejarse deslumbrar por una fosforescencia de la fantasía, antes que detenerse a examinar los hechos a la luz clara y serena de la verdad histórica” (1873, pp. 39-40, n. 10).

Tomamos la vida de Bilbao como una ilustración de esa tesis, como un ejemplo en que se hace palpable el anillo constrictor que estrecha al hombre en sus actos.

Francisco Bilbao nació el 9 de enero de 1823.

Sus primeros años pasaron en medio de una familia modesta y retirada. Don Manuel Blanco Cuartín, que conoció muy de cerca aquel hogar, lo ha descrito en una página sentida y tierna: “El padre de Bilbao, dice, era hombre que había padecido persecuciones tenaces del gobierno Prieto y hecho por lo mismo llorar y padecer a su idolatrada señora, que en puridad de verdad era la mejor de las madres y esposas, [y] no dejaba jamás de recordar a su hijo predilecto lo que había padecido lejos de Chile, lo que en su familia había penado por la crueldad de sus enemigos, cómo y por qué se habían arruinado sus intereses. Francisco le oía y suspiraba. Más de una vez vi yo sus ojos arrasados en lágrimas al oír la voz de su madre que llorando fulminaba contra los perseguidores cobardes de su dicha”.<sup>7</sup>

Y esas lágrimas no caían en un corazón árido, ni esas tristes escenas pasaban delante de un espectador frío e insensible. ¡Era el niño quien recibía esas lágrimas, era el futuro filósofo quien veía día a día y momento a momento ese drama silencioso y sombrío del hogar del proscrito!

¿Qué queréis? ¿Cómo no había de desarrollarse en su alma apasionada el odio santo de todo despotismo cuando víctima de ese despotismo veía despedazarse el seno maternal? ¿Cómo no había de sentir en su alma ardiente la sed de lucha para arrojar del poder a los que vejaron a su padre y azotaron a su patria?

Pero, ¿cómo combatir? Era necesario buscar las armas en ese campo penoso del estudio, fecundar la inteligencia con la ciencia y luego hacer que se perdiera su odio personal hacia los déspotas en las profundidades de su odio al despotismo.

Bilbao estudia. La ciencia le habla al oído, como la serpiente tentadora a la Eva del Paraíso. La duda asoma en su espíritu y la lucha fermenta en su corazón. Había olvidado que todos los despotismos son hermanos y que no se puede aborrecer al uno sin odiar a los otros; él quería solamente combatir el despotismo material que abrumaba su patria y sin quererlo combatió en sí mismo el despotismo moral que abrumaba su espíritu.

Aquella lucha entre la fe que se iba y las ideas nuevas que ganaban su alma, fue triste, desgarradora y angustiada. En todas las obras de Bilbao han dejando su huella esos momentos de penosa ansiedad en que exclamaba: *¡quisiera morir!*

<sup>7</sup> Véase el artículo de Manuel Blanco Cuartín, reproducido en ese mismo número de *La Cañada*.

“Bien sé, dice en un párrafo de su introducción a la *Vida de Jesús*, lo que cuesta, lo difícil, lo que desgarrar, arrancar de la fe autoritaria el fundamento, arrasar con todo los amores que el crucificado hace nacer en el corazón sensible, y segar todas las flores de la imaginación entusiasmada; demoler todos los monumentos de la fe de los mayores, apagar el fuego del hogar, evaporar esos cielos poblados por la infancia de las generaciones...; callar la oración de la familia; sepultar, en una palabra, las creaciones de una serie de siglos... ¡Bien lo sé! Pero la verdad es más fuerte que el amor, la ciencia es más grande que la imaginación, la realidad más poderosa que la imagen, el deber más racional y sublime que el entusiasmo, la alegría más fuerte que el dolor, la evidencia más resplandeciente que los cielos, la ley más bella que los paraísos, más tremenda que los juicios finales, más fecunda que la exaltación; no de carácter transitorio como las fantasías de sacerdocios o de pueblos, más de esencia y estabilidad eterna, como Dios”.<sup>8</sup>

Pero aun cuando en sus obras no hubiera dejado ese dolor su huella, como el reguero de sangre que deja el animal herido cruzando por el bosque, aun así, ¿con qué derecho afirmaría Rodríguez que Bilbao se alejó indiferente, impassible de su primera fe?

Es necesario no conocer el corazón humano para creer que alguien pueda así alejarse de los primeros amores de su conciencia.

No, la verdad es bien distinta. Al reclinar la frente por la última vez en el altar de sus mayores, al invocar al Dios de sus padres, repitiendo por la vez postrera esas palabras que aprendimos en la cuna, no hay corazón que no sufra, se desespere, se agite ansioso, buscando en su desesperación donde apoyarse... ¿cómo decir lo que pasa en ese instante por el alma adolorida en que la duda clava su aguijón? ¿cómo pintar ese momento terrible entre los más terribles?...

¡Ah! Los que han querido con la fe del alma, los que han concentrado todas las facultades de su ser en la tremenda y sublime facultad de amar, los que hacen de una mujer el Dios grande, el Dios único de su alma, su sola fe, su última esperanza, y en medio de los éxtasis de su ilusión divina descubren un día que todo es mentira en la mujer que amaron, esos saben lo que siente el alma al contemplar vacío su cielo, vacío el templo y el fuego del altar hecho cenizas!

<sup>8</sup> Cf. *La vida de Jesús*, por Ernesto Renán. Traducida por Francisco Bilbao de la segunda edición francesa de 1863. Imprenta de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, Buenos Aires, 1863.

## II

Fruto de esa transformación moral y de ese estudio constante fue el artículo sobre la *Sociabilidad Chilena* publicado por Bilbao en el *Crepúsculo*.

Es necesario recordar lo que era entonces nuestra sociedad para poderse dar cuenta de la encarnizada persecución que se le hizo.

Cumpliendo con el propósito de dar a conocer los folletos que tengo sobre la mesa, voy a tomar [de] uno de ellos, el de Barra, la galana y pintoresca descripción de aquellos días:

“Chile, dice, relegado al último rincón y el religioso, basados en la ignorancia. sobre su sociedad gravitaba con de ellos, el de Barra, la galana y pintoresca descripción de las colonias españolas, sufría todas las consecuencias de su alejamiento. Sobre su sociedad gravitaba con mayor peso el despotismo político y el religioso basados en la ignorancia. En los primeros días de la guerra de la independencia, algunos hombres habían traído de contrabando las ideas de los enciclopedistas y las generosas aspiraciones revolucionarias del 89. Entre ellos hubo frailes volterianos. Aquellos espíritus escogidos realizaron la emancipación política; pero no emanciparon la conciencia. Acaso se sintieron sin fuerza para completar su obra y abandonaron esa tarea a sus sucesores. Ello es que, desligados del trono español, seguimos vegetando en plena colonia.

Por causas que no es del caso explicar, en 1842 recién se manifestó un movimiento intelectual de buen agüero que venía a marcar una nueva época en nuestra adormecida sociedad. Sin embargo, la iglesia chilena de aquellos buenos tiempos bien pudo anticiparse y decir como el ruso a su imperial señor: ¡la paz reina en Varsovia!

La religión católica era profundamente respetada. El clero más se dedicaba a su ministerio que a la política. La iglesia romana aún no había quemado sus naves, ni hecho sentir su peso sobre la razón, la libertad y el progreso del mundo. Los nóveles republicanos, satisfechos de su triunfo, habían perdonado a Pío VII y a León XII sus ataques y condenaciones apostólicas contra la revolución americana y sus prohombres, y, sin sentir necios escrúpulos, habían lanzado de su seno al obispo Rodríguez en una ocasión, y antes al nuncio Muzi, a Salusti su secretario, y a Mastai Ferretti, hoy infalible y en aquel entonces agente político de la Santa Alianza, que quería reconquistarnos.



No había pues motivos plausibles para que aquellos bravos patriotas, más cristianos que ultramontanos, rompieran con sus creencias religiosas. Se sentían bien, nada les molestaba, seguían pues creyendo; cuando mucho uno que otro doblaba sin estrépito por la torcida senda del indiferentismo. Los hombres oían su misa los domingos, las mujeres se confesaban por Pascua *florida* o antes si había peligro de muerte o necesidad de algún viaje, que era lo mismo; los herejes extranjeros sólo se ocupaban de los negocios que les traían a nuestras playas, y los sacerdotes, modestos y benéficos, eran queridos y respetados. Aún no habían dislocado las familias con su *dirección espiritual*, ni enturbiado la política como ahora”.

En medio de aquella sociedad timorata “que dormía tranquilamente su siesta española” apareció Bilbao con sus artículos como una conmoción.

La *Sociabilidad Chilena* no es seguramente una obra literaria de algún mérito, pero tampoco es el tejido de sofismas de libertino de que nos habla Rodríguez. Es probable que habría sido olvidada, hasta por su mismo autor si no se le hubiese dado la publicidad y el escándalo de un jurado. La persecución le dio el brillo, la aureola y el prestigio con que aparece entre nosotros. Hizo de ella algo como la fe de bautismo del pensamiento emancipado.

La prensa entera se ocupó de ella largo tiempo, ya para combatirla con artículos más a propósito para probar su celo que su ciencia, ya para aplaudirla con un entusiasmo que sólo justifica la actitud noble y enérgica asumida por Bilbao.

La sociedad parecía sacudida en sus cimientos, el bronce sagrado sonaba el arrebató del peligro y la chusma, exaltada y rabiosa, injuriaba y maldecía al atrevido autor.

El espíritu de la persecución desencadenado en contra de Bilbao no quedó satisfecho con hacerlo condenar por un jurado, quiso también hacer una víctima de todo lo que de cerca o de lejos le tocaba.

Para probarlo me bastará recordar los ataques tenaces que cerraron las puertas del establecimiento dirigido entonces por don Domingo F. Sarmiento y don Vicente Fidel López. Aquellos ataques no tuvieron más causa que el haber usado los directores del Liceo los nombres fatídicos de Leurox, de Lermínier y de Jouffroy, citados con frecuencia por Bilbao.<sup>9</sup>

Perseguido en Chile, expulsado de la Universidad por sus escritos<sup>10</sup>, fue a buscar lejos de su patria la tranquilidad y la ciencia que aquí se le negaba.

<sup>9</sup> Referencia a las declaraciones de Vicente Fidel López y de Domingo Faustino Sarmiento publicadas en el diario *El Progreso* de Santiago el 4 y el 27 de diciembre de 1844.

<sup>10</sup> La expulsión del Instituto Nacional donde era estudiante de derecho fue sancionada el 24 de junio de 1844 por la Universidad de Chile.

## III

Fiel al objeto que me he propuesto al escribir este rápido artículo, transcribo del folleto de Rodríguez la descripción que hace de la Francia, cuando Bilbao por primera vez pisó sus playas en febrero de 1845:

“El momento, dice, no podía ser más oportuno para estudiar aquel país de que el peregrino chileno había sido siempre un entusiasta admirador. Luis Felipe había adoptado por regla de su política exterior la paz a todo trance con Inglaterra y por norma de su política interna la observación escrupulosa de la Carta. Sin desentenderse completamente de los negocios públicos, en los cuales trataba de influir por medio de sus ministros, proclamaba su decidida voluntad de ajustar su conducta a la famosa fórmula: *El rey reina, pero no gobierna*. Consecuencia natural de esta política fue la fermentación intelectual, moral y social en que entró la Francia, los disturbios continuos en las calles, las grandes luchas en la prensa, en las cátedras y en el parlamento. ¡Qué tiempos aquellos y qué brillantísima constelación de sobresalientes ingenios! En la poesía tenían la palabra de Lamartine, Victor Hugo, Béranger, Ponsard, de Musset, de Vigny, a Sainte-Beuve y Barbier; en la novela Dumas, Jorge Sand, Balzac, Sué, Soulie, Sandeau y Merimée; en la historia, Guizot, Barante, Sismonde de Sismondi, Michelet, Thierry, Henri Martin, Thiers, Louis Blanc, Michaud, Laurentie, Montalembert, Rorbacher, Gorini, Audin, etc.; en la cátedra sagrada, Lacordaire, Combalot, Ravignan; en la tribuna política, Berrier, Thiers, Guizot, Odilon-Barrot, Montalembert, Lamartine, Villemain; en la enseñanza católica, Federico Ozanam y Lenormand, y en frente de ellos Michelet y Quinet que atraían en torno de sus cátedras una juventud ardorosa; en las ciencias, Cuvier, Ampère, Guy-Lussac, Goeffroy Saint-Hilaire, Cauchy, Arago, Leverrier, Dumas, Elie de Beaumont, Flourens; en la filosofía Lamennais, Bautain, Gerbert que seguían las huellas luminosas de Bonald y de Maistre; Cousin, Saisset, Damiron y Quinet entre los marchaban por opuesto camino; en la prensa periódica y en los panfletos Veuillot, Dupanloup, de Genoud, Carrel y Cormenin. ¡Y esto sin hablar del teatro donde la Rachel hacía revivir la tragedia, ni de la escultura, la pintura y la música cultivadas por verdaderas notabilidades entre las cuales baste recordar los nombres de Pradier, David, Delacroix, Ingres, Vernet, Delaroché, Flandrin, Gavarni y Amadeo de Noé (Cham), Nierdermeyer, Feliciano David y Berlioz!”.

Aun cuando en este cuadro no vayan los encantos literarios más allá de la monotonía de una fastidiosa nomenclatura, ni el arte más allá de la paciencia, debemos reconocer en justicia que con eso basta para hacer ver la impresión recibida por el espíritu de Bilbao que dejaba a su espalda una sociedad apática, ignorante y monacal, para arrojarle en medio de un pueblo revolucionario y turbulento que fermentaba en su seno los trastornos políticos que poco más tarde conmovieron al mundo.

Ávido de ciencia y de trabajo perseguía con un tesón infatigable todo lo que pudiera traer luz a su espíritu, vigor a su conciencia o elevación a sus ideas. Los testigos de la vida que hizo entonces recuerdan con el orgullo del compatriota el prestigio que su carácter y su palabra le ganaron entre sus compañeros; el amor que inspiraba en todas partes la bondad de su alma y la pureza de su corazón.

He dicho que Bilbao buscaba la ciencia donde quiera que la ciencia se encontrara y me extrañaría la neta seguridad con que Rodríguez afirma que “el viajero no dirigió nunca sus pasos hacia el templo en que Lacordaire prodigaba los raudales de su elocuencia”, si no viera en todo ese folleto la facilidad con que prodiga los juicios de una temeraria ligereza; facilidad y ligereza que sólo pueden ser comparadas con las que usa para desmentirse a sí mismo, porque luego copia el segundo acápite del extracto de su Diario en que se lee: “He ido a *Nôtre Dame* a escuchar a Lacordaire. El templo estaba casi lleno. Al verlo derramar su voz estrepitosa bajo las bóvedas y llevar su energía por la iglesia, el pecho me palpitaba, pero no de fe sino de gloria, de ambición de servir a la causa nueva de un modo semejante”.

Por lo demás, cuando veo al señor Rodríguez sospechar que el orador dominicano pudo apartar a Bilbao del camino que seguía, me permito sospechar a mi turno que no ha leído a Lacordaire o que si lo ha leído no ha tenido la felicidad de comprenderlo mejor que a Bilbao.

Lacordaire es un carácter evolucionario forjado en la misma fragua que el de Bilbao, y su enseñanza no podía servir sino de estímulo al autor de la *Sociabilidad*. Toda la actividad febril de esa alma que rugía adentro del templo, como el león adentro de su jaula, se refleja en sus conferencias de Nuestra Señora. En una de ellas decía: “¿Qué queda que hacer a favor de la salvación de lo que se ama? Hablar es mucho, hablar con autoridad, hablar de manera que se persuada y que se haga temblar a los que no se persuade, hablar de la manera que la palabra viva atravesase las edades con

una gloria que no se borre, con una majestad que llene los tiempos. Después, escribir; escribir no con una escritura muerta, no con una escritura que se pueda destruir con el incendio o el olvido, sino de una manera que subsista tanto como la palabra y la corrobore; eso es mucho, pero no es todo... ¿Qué hay más, señores? Hay la palabra de sangre, la escritura de sangre. Cuando se habla y se escribe por la verdad, por la virtud, por la salvación del género humano, hay un tercer ministerio: dar la autoridad de su muerte y la autoridad de sangre...”.

¡Y bien! Si Bilbao hubiera sentido vacilar su espíritu, temblar su corazón ante el peligro, la palabra de un hombre que así piensa y así siente, lejos de contenerlo, lo habría lanzado en el revuelo océano de la lucha.

En aquella época fue cuando estrechó sus relaciones con Michelet, Quinet y Lamennais, cuya palabra sacudía el mundo desde el fondo de su humilde celda.

Fuerte con la enseñanza allí adquirida, con la fe profunda en el progreso que hacía latir el corazón de sus maestros, con la esperanza de una próxima regeneración que acariciaban los grandes espíritus de aquella época, salió Bilbao del barrio latino para recorrer la Europa y volver a su patria tan querida.

#### IV

Llegó a Valparaíso el 2 de febrero de 1850. Era el momento en que la agitación de los espíritus tocaba su último límite entre nosotros. Se jugaba la partida de la presidencia sobre el tapete de la política.

Bilbao no veía qué parte podía caberle en una lucha electoral y alejándose del campo principió a trabajar por la revolución social y religiosa que fue toda su vida el objetivo constante de sus actos.

Fundó la Sociedad de la Igualdad, cuyo recuerdo palpita todavía en el corazón de la clase proletaria.

Fue allí donde Bilbao descubrió todo el poder y el entusiasmo de su arrebatadora elocuencia. Su palabra, brillante y colorida, la convicción y la entereza de su carácter, lo hicieron dueño por

completo de la multitud que se agrupa alrededor de su tribuna. Quién sabe hasta dónde llegara en sus esfuerzos si el 7 de noviembre de 1850 no se hubiese declarado a Santiago en estado de sitio y suprimido aquella institución cuyas raíces por todas partes se extendían.

Mientras desempeñaban las penosas tareas que le imponía la dirección de la Sociedad de la Igualdad, dio a luz Bilbao *Los Boletines del Espíritu*, bien superior por cierto al inolvidable artículo del *Crepúsculo*. Aquí deja ya ver su autor las tendencias idealistas de su espíritu y el fantástico lirismo de su palabra que van a acompañarlo durante su vida entera. Siempre la misma sensibilidad, el mismo amor a los desheredados de la sociedad y de la fortuna, la misma sed de justicia y de verdad dominan en el fondo de sus cuadros, casi en el fondo de sus visiones. Pero aquí hay arte, las palabras tienen ese algo alado de que nos habla Platón. A veces leyendo esas páginas involuntariamente traía a la memoria las fantasmagorías de la Apocalipsis y a veces recordaba los idilios del Evangelio; pero siempre el entusiasmo que desborda en todo lo que ha escrito Bilbao acababa por apoderarse de mi espíritu.

Es digno de observar el progreso verificado por el país en el sentido de la tolerancia religiosa. La nueva obra de Bilbao, harto más revolucionaria y trascendental que la primera, estuvo, sin embargo, bien lejos de despertar ataques tan vehementes y apasionados como aquellos de que dimos cuenta. Después de lanzar sobre *Los Boletines del Espíritu* una severa excomunión, los espíritus más exaltados quedaron satisfechos.

Si ahora los igualitarios abriesen de nuevo las puertas de sus clubs, probablemente no iría la persecución más allá de un anatema.

Pero se olvidó entonces que no hay en la química social una sola combinación más peligrosa que la mezcla del proletario y la política; cuando esa mezcla es frotada, comprimida, se hace inevitable la explosión. Esto fue lo que pasó y aquella sociedad benéfica en sus tendencias, viéndose perseguida y perturbada con violencia por los agentes de un círculo político que principió por atacar en sus tribunas a los directores y agentes de ese círculo, admitiendo de ese modo el elemento de la política en su seno, y concluyó deslizándose por esa pendiente fatal que la llevó al campo sangriento de la conspiración y los motines.

La revolución del 51 prendió en sus redes a Bilbao, quien, como sus demás compañeros, tuvo que buscar en la fuga y el destierro la salvación de su vida.

La ola de la proscripción lo arrojó sobre las playas del Perú.

Allí principió a hacer una propaganda, digna de sus nobles sentimientos, en favor de la emancipación de los esclavos. Organizó una sociedad con este objeto, cuyo rápido incremento llamó la atención de los hombres del poder. Echenique, para conjurar la tempestad que divisaba, decretó el aprisionamiento de aquel reformador incorregible. Bilbao se asiló en la legación francesa donde permaneció hasta los primeros días de 1852.

Echenique solicitó de él una conferencia cuyo resultado fue la formal promesa de dejarlo tranquilo siempre que él prescindiera por completo de la política interior. Bilbao, cosa que no comprendo, aceptó aquella libertad condicional quedando de este modo en calidad de huésped simplemente tolerado. El gobierno, que lo observaba y lo temía, aprovechó el movimiento de 1854 para decretarle a él y sus hermanos un perpetuo destierro.

De nuevo Bilbao, como el judío errante de la leyenda, oyó la voz del poder que le decía: ¡Vete! ¡Vete! Y viajero fatigado siguió por el camino del proscrito en busca de su ideal. Continuaba en Guayaquil su propaganda cuando la noticia de la prisión de su padre vino a sorprenderlo. Inmediatamente, con riesgo de su vida, Bilbao volvió a Lima y entró de lleno en el foco de la conspiración.

El movimiento revolucionario encabezado por Castilla triunfa; surgen las ideas sociales por las que lucha Bilbao y éste quiere también hacer surgir sus ideas religiosas. Para él, mientras el catolicismo impere, la República no será más que una ficción vana y estéril. Ataca al catolicismo por la prensa. El clero se alza y con el clero las chusmas fanáticas que agita y los instrumentos que dirige en el poder. Acusan a Bilbao y se abren para él la puertas de la Inquisición de Lima. Salió de allí libre gracias a los tenaces esfuerzos de su hermano Manuel. Excitado el fanatismo por aquella sentencia absolutoria, amenazó los días de Bilbao encomendando la defensa de su religión de amor y caridad al alevoso puñal del asesino.

El año 44 volvía a presentarse trayéndole la vida del proscrito con sus agitaciones, sus temores y su inmensa esterilidad.

De nuevo, como el judío errante de la leyenda, oyó la voz del pueblo que le grataba: ¡Maldito! ¡Maldito!...

Bilbao continuó por el camino que alumbraba su estrella ¿resignado? ¿abatido? No, resuelto, decidido, sintiendo arder en su alma antigua el fuego y el entusiasmo de sus primeros días.

## V

Esta vez volvió a Europa, a su Francia, esa patria querida de su inteligencia y sus maestros.

¡Qué cambio! Él había dejado al partir un pueblo libre, lleno con las aspiraciones de la justicia, la libertad y el derecho, y al volver encontraba un pueblo en ruinas: en silencio la tribuna, en silencio la prensa, en silencio la voz de la conciencia, y sobre ese silencio de la muerte y los escombros iflotaba ebria de sangre el águila imperial!

¡Qué cambio! ¡El viento ultramontano había soplado sobre ese pueblo enérgico y viril y como el *simoun* envenenado del desierto no había dejado tras sí más que la muerte!

No pudiendo soportar ese espectáculo que destrozaba sus recuerdos más queridos, recorrió Bélgica y luego volvió a América.

¿Qué va a hacer? ¿Va a continuar en ese camino lleno de agitación y amargura? ¿No le basta la triste experiencia de su patria, no lo detiene la persecución y los sufrimientos del Perú? ¿No lo desalienta el espectáculo de la Francia encadenada, no ve que va a caer sepultado bajo el peso de la reacción ultramontana que sube y arrasa en todas partes? Proscripción, odios, decepciones amargas, privaciones de la miseria, nada lo detiene, y cuando veo a ese hombre aprontarse de nuevo para entrar en lucha siento en mí la fuerza tenaz de la conciencia; cuando veo que a pesar de todo él tiene fe en el porvenir, siento que en mi alma renace la esperanza.

Es noble el espectáculo de ese hombre cuando al pisar las riberas del Plata se decía: “No desmayes, viajero infatigable. Peregrino sin patria, adelante, que cada paso del siglo te acerca a la ciudad querida...; ánimo en la inmensidad siempre inmensa; ánimo en el abismo del alma, que la estrella resplandece; ánimo en medio de los horizontes que huyen!”.

Y luego, recordando su patria, con qué melancólica angustia exclama: “¡Es allí donde quisiera morir!” Con qué dolor se pregunta: “¿Por qué expulsado cuando siempre estuve en mi derecho?”. “He dado todo a mi patria, añadía; mis amores primeros fueron mi patria. En ella soñaba, con ella vagaba en el llano y la montaña envuelta en sueños de gloria. Con ella quise identificar el derecho. En ella quise encamar la libertad. Quise que su vida fuese la justicia... ¡Y tantos años sin verla!...”.

Alma virginal, alma santa del proscrito, que otros derramen sobre tu esencia pura el veneno de las pasiones odiosas, en cuanto a mí... idejadme derramar sobre ella las lágrimas piadosas del recuerdo!

<sup>11</sup> El editor y propietario del diario *El Orden* de Buenos Aires, Luis Lorenzo Domínguez, censura a Francisco Bilbao en su calidad de redactor por un artículo titulado “El conflicto religioso”, motivo por el cual él renuncia según puede verse en la siguiente carta y su respuesta: “Amigo y Sr. Bilbao: / Acabo de leer su artículo para mañana, y siento decirle que he mandado suspenderlo. / Respeto demasiado el carácter del escritor público y los fueros de la inteligencia para pretender que el simple editor de un diario pueda ejercer el derecho de censura previa sobre el Redactor. Pero creo que no salgo del mío, cuando procedo en virtud de lo que puedo llamar *nuestro pacto fundamental*, y que consiste, como Ud. recuerda, en estas dos palabras: *El Orden no será un diario de oposición, ni tocará las cuestiones religiosas*. Hemos faltado a lo primero, y no intento volver sobre esto; pero en cuanto a lo segundo, creo que mis amigos tendrían el derecho de darme vuelta la espalda, si, pudiendo evitarlo, consintiera en que el *Orden* levantara la bandera del cisma. / Estoy cierto de que Ud. no querrá colocarme en tan vergonzosa situación. / Me repito su afectísimo amigo y S. S. / Luis L. Domínguez. / Su casa. / Setiembre 7 de 1858”. La respuesta y renuncia de Bilbao es la siguiente: “Amigo y Sr. Domínguez: / Sólo esta mañana he recibido la carta de usted. / Por la importancia de la cuestión religiosa, por la tradición de mi vida y por mis más profundas convicciones, no puedo

## VI

Fundó Bilbao en Buenos Aires la *Revista del Nuevo Mundo*, que continuó dirigiendo hasta diciembre de ese año (1857) en que pasó a ocuparse de la redacción de *El Orden*, que tuvo que abandonar por la dificultad que le presentaba el editor para la libre emisión de sus ideas.<sup>11</sup>

Mientras consagraba su inteligencia al servicio de una noble causa, empeñaba sus esfuerzos por dar vida a la juventud argentina reuniéndola en el *Club Literario*, cuyas sesiones se abrieron con la lectura de la *Ley de la Historia*, que es sin duda una de sus obras más concluidas, más elevadas en sus ideas y de mayor alcance filosófico.<sup>12</sup>

Allí, en medio de sus trabajos y sus luchas, vino la muerte a sorprenderlo. Los anatemas que lanzaba el clero sobre su *América en peligro*, el estampido del cañón francés que destrozaba al pueblo mexicano, la usurpación de las Chinchas, que amenazaba el porvenir de América, esos fueron los últimos sonidos que percibió su oído moribundo.

Su muerte fue digna de esa vida consagrada al servicio de su patria y su conciencia al culto del bien y la virtud.

Mme. Quinet al contarla en sus *Memorias del destierro*, humedece su pluma de mujer con las lágrimas que consagra al recuerdo querido de su noble amigo.

“La intrepidez, dice, que tenía sobre los campos de batalla lo acompañaba en todos los actos de su vida. Ella debía también causar su muerte. A fines de 1857, encontrándose en un *paquebot*, en el Río de la Plata, una mujer cayó por accidente al río, en un lugar en que es más peligroso que el océano. Bilbao se arrojó entre las olas, consigue salvar esa desconocida, pero sus esfuerzos

---

continuar en silencio estando a la cabeza de un diario. / Reconozco su derecho para suspender mi artículo, pero ya no puedo continuar de redactor. / Sin crearme ofendido, y sólo atendiendo a mis principios que exigen de mí esta separación, tenga usted la bondad de aceptar mi renuncia, quedando como antes su amigo que lo estima. – / Francisco Bilbao. / Buenos Aires, / 8 de Setiembre, de 1858”. Ambas cartas fueron publicadas en *El Orden* el 10 de septiembre de 1858, de donde han sido tomadas.

<sup>12</sup> Sobre el Liceo Argentino y la lectura de la conferencia *La Ley de la Historia*, véase *Archivos de Filosofía*, n° 6-7, 2012, pp. 269-309.



sobrehumanos le produjeron la ruptura de un vaso del pecho. La mujer del pueblo estaba salvada, pero la vida de su libertador fue desde entonces una lenta agonía”.<sup>13</sup>

Así principió esa larga y penosa enfermedad que vino a poner término a su vida el 19 de febrero de 1865.

Don José Victorino Lastarria ha pintado con los tintes vigorosos de su pluma clásica la triste escena del postrer iadiós!

“Nada más noble, dice en una carta citada por Barra, que los últimos momentos de Bilbao. Estuve con él largas horas en la noche última de su vida. Sólo estaba acompañado de su incomparable esposa y de un fiel amigo, cuando estirándome su ardiente mano me dijo: ‘Esta noche muero; hábleme Ud. de la muerte’”.

Estaba sentado en un sillón al lado de su cama. Hablaba muy poco y en voz muy baja. Nunca más bello que entonces. El blanco transparente de su cara contrastaba con el negro de su profunda cabellera, y dibujaba sobre sus anchas sienes y sobre sus largos párpados las ondulaciones de sus venas sutiles y azuladas. No estaba abatido. Su semblante revelaba todavía el fuego y la entereza de su espíritu.

Bilbao no era de esos hombres que viven aborreciendo la vida y deseando la muerte, para temblar en su presencia. En ese momento me decía que él jamás se había imaginado un misterio aterrador en la muerte y que creía que en la eternidad el espíritu adquiriría todo su desarrollo. ‘Lo que hace sensible la muerte, agregé, es lo que se deja acá. Yo sufro al dejar a mi mujer y siento un dolor inconsolable al morir sin ver a mi Chile, a mi patria, a quien hubiera consagrado mil vidas... Dele Ud. mis adioses... ella será mi última palabra... ¡Un favor! Que me entierren envuelto en el tricolor chileno!’...

Y así se hizo. La bandera de Chile fue su mortaja y cuando yo veía sus pliegues conmovirse con la brisa, al depositar el ataúd en una bóveda de la Recoleta, me imaginaba que aún palpitaba de amor patrio el corazón de mi amigo...”<sup>14</sup>

Hemos concluido la historia de esa vida que principió en medio de las agitaciones tumultuosas de un jurado y fue a concluir en el silencio del destierro, la soledad y el abandono de la pobreza.

<sup>13</sup> Cf. *Mémoires d'exil (Bruxelles-Oberland)*, par Mme. Edgar Quinet. Librairie International, Paris, 1868, “Un grand patriote américain”, pp. 285-292. Una traducción fue publicada en el diario *La República* de Buenos Aires en enero de 1869, y después reproducida por Pedro Pablo Figueroa como introducción a su edición de las *Obras Completas de Francisco Bilbao*, Santiago de Chile, 1897, t. I, pp. 1-8.

<sup>14</sup> Véase la carta de José Victorino Lastarria a Eduardo de la Barra, reproducida en este mismo número de *La Cañada*.

<sup>15</sup> Véase el mismo documento referido en la nota anterior.

## VI

He dicho al principiar que presentaba la vida de Bilbao un brillante ejemplo de la influencia que ejerce sobre el hombre la acción combinada de la naturaleza y la sociedad.

En la infancia, esa edad de la alegría y los misterios, lo sentimos escuchar silencioso y pensativo los tristes recuerdos que hace el padre de la vida del proscrito y ver rodar las lágrimas amargas que arranca al corazón de su madre una situación excepcional.

Allí en el seno de ese hogar se enciende la llama que ilumina con sus resplandores melancólicos la vida entera de Bilbao.

Esas ideas se graban en su espíritu con la tenaz vitalidad que tienen todas las impresiones de la primer aurora de la vida. Fermentan en su interior con todo el calor de las primeras emociones del corazón del joven y lo arrastran a ese ataque apasionado y vehemente que tuvo por desenlace un destierro voluntario pero inevitable.

Las tendencias de su carácter lo llevan a Francia y más que sus tendencias quizás, las facilidades que encontraba para hacer el viaje.<sup>15</sup>

Supóngase por un instante que en vez de ser llevado allí, en medio de un pueblo en que todo lo incita y lo estimula en el sentido de su poética manera de mirar la vida y el espíritu del hombre, hubiese ido al seno de un pueblo práctico, los Estados Unidos por ejemplo, en que todo le hubiese hecho palpar el camino diverso que podía seguirse para llegar al ideal que perseguía. Este solo cambio habría variado por completo la dirección de su insaciable actividad.

En vez de dar esa importancia, acaso desmedida, que concede al problema religioso en el desarrollo de los pueblos, tal vez lo habría relegado como el yankee a esa segunda fila que se parece mucho al más completo olvido. Dar más actividad al espíritu de empresa, difundir con el amor a la ciencia el amor al trabajo, aumentar las facilidades de la vida y con eso la independencia y la entereza de los ciudadanos, habría sido tal vez el objetivo de su palabra y de sus escritos.

Vuelve a Chile. Si hubiera llegado en una hora de calma política, tal vez la sociedad que fundó entonces, siguiendo sus generosos propósitos, no hubiera pasado de ser una escuela del deber y del derecho. Pero llegó aquí en un momento en que los partidos luchando encarnizados vieron en la

<sup>15</sup> Desconocemos el alcance que puede tener esta afirmación de Augusto Orrego Luco, pero recordemos que el viaje y la estadía de Bilbao en París se realizan con la compañía de dos de los hermanos Matta, Francisco de Paula y Manuel Antonio.

<sup>16</sup> La primera es una referencia a una carta de Andrés Bello a Francisco Bilbao, fechada en Buenos Aires en abril de 1864: "Mi querido amigo y discípulo: Hay una especie de presunción de mi parte en dar a Ud. este último título una vez que con el transcurso del tiempo se han trocado nuestros respectivos papeles: el que enseña aprende. Pero de todos modos subsiste el antiguo vínculo de estimación y amor". La otra es una alusión, no a Quinet directamente, sino a la carta de recomendación de Jules Michelet para Charles Louis Michelet, profesor de filosofía en la Universidad de Berlín, entregada a Bilbao el 1° de octubre de 1847 con ocasión de su viaje por Alemania e Italia, en circunstancias que en el *Diario Bilbao* describe así: "Al despedirme me detuvo en las escaleras para ofrecerme sus relaciones en el viaje que iba a emprender. / M. – Vea Ud. a Michelet de Berlín, que lo presentará a Grimm, el sabio de Alemania. En Milán a Manzoni". La carta de recomendación es la siguiente: "París, 1847. / Mi querido e ilustre homónimo: / Permitame recomendar a su benevolencia un joven que el señor Quinet y yo miramos como a un hijo, el señor Bilbao, de Chile. ¡Y quiera el cielo que, en efecto, nosotros tuviésemos un hijo semejante!... Es un genio en embrión todavía; mas, nosotros vemos en él con certeza un carácter de fuerza y profundidad, que, desarrollado, debe hacer un grande hombre. / Con las seguridades de mi afectuosa consideración, / J. Michelet. / Si usted puede darle algunas recomendaciones para otras ciudades, le quedaré muy reconocido".

Sociedad de la Igualdad un poderoso elemento de combate, se echaron sobre ella y destrozándola, la arrastraron hacia el campo de la revolución y de los motines.

Las líneas de su figura se acentúan, las tendencias de su carácter se hacen más y más marcadas y todo aquello que fue al principio posible combatir y borrar, como los recuerdos de la infancia, como las pasiones de la juventud, ahora se adhiere a su naturaleza como la hiedra al árbol que rodea, como el hijo a la madre que lo alienta.

La partida del destino está jugada. La naturaleza formó un alma apasionada y vehemente, un corazón sensible y generoso, una imaginación oriental y exaltada, envolvió todo eso en un cuerpo hermoso y delicado, lo hizo bello porque lo hacía sensible.

La sociedad se apodera de esa obra, la tritura y la transforma.

De allí resulta un filósofo, que al través de sus obras nos deja ver la amargura y los sufrimientos de su alma virginal.

De allí resulta un carácter enérgico, porque se ha formado en la lucha; un ardiente amor a la patria, porque tienen los encantos de la distancia; un amor a la libertad, porque siente la presión bajo todas sus formas; un amor al pueblo, porque como él sufre, lucha y ama.

De allí se levanta una figura noble como el sacrificio, pura como el amor; una figura que despierta la admiración con su heroísmo y arranca lágrimas con sus desgracias.

Cruza por la vida como un soñador, como un poeta; soñando con la justicia, cantando todo lo que eleva y ennoblece.

Muere proscrito. Su última palabra es un recuerdo de la patria que ama; su último vestido es la bandera del pueblo que al mirar su tumba exclama, como *Hamlet*:

*O what a noble mind is here overthrown.*

¡Oh, qué pensamiento tan noble está encerrado aquí!

Si Bilbao ha muerto, si ha muerto ese hombre a quien Bello llamaba su maestro, a quien Michelet envidiaba como hijo, y en quien presentía Quinet un gran carácter y un genio, en cambio su obra vive y continua su impulso.<sup>16</sup>

Su obra ha sido, como la de todos los heraldos del progreso, principalmente una obra de destrucción. Uno de los errores de nuestro tiempo, dice Alejandro Dumas hijo, es creer que se puede detener una destrucción en la mitad de su camino y recomponer con lo que debe morir. Será inútil que se pinte de verde las hojas marchitas; no se hará el verano y caerán a pesar de todo cuando lleguen los vientos. Vale más, derribando las ramas muertas, tallando las vivaces, ayudar al trabajo misterioso de la savia y los elementos. Estáis condenados a caer, sois las hojas secas del árbol, es necesario que el viento os arrastre. Voltejead en el espacio, eso anima el paisaje gris y silencioso del invierno, y mientras el viento os sostenga haréis creer que tenéis alas. Pero sabedlo bien, la vida no está ya en vuestras ramas muertas y vosotros no hacéis morir sino lo que no debe durar.